

EL BARCO



DE VAPOR

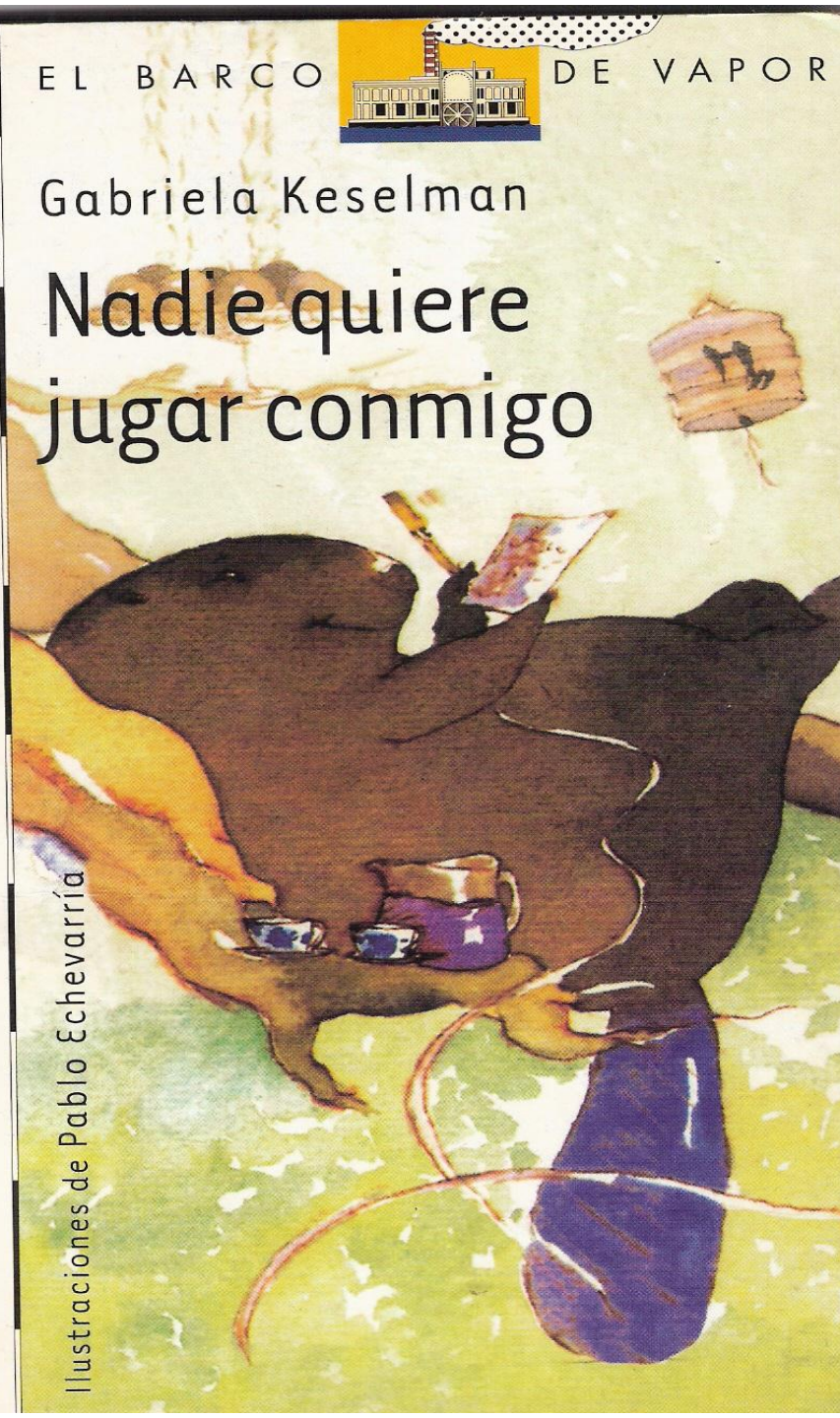
Gabriela Keselman

# Nadie quiere jugar conmigo

15<sup>a</sup> EDICIÓN

sm

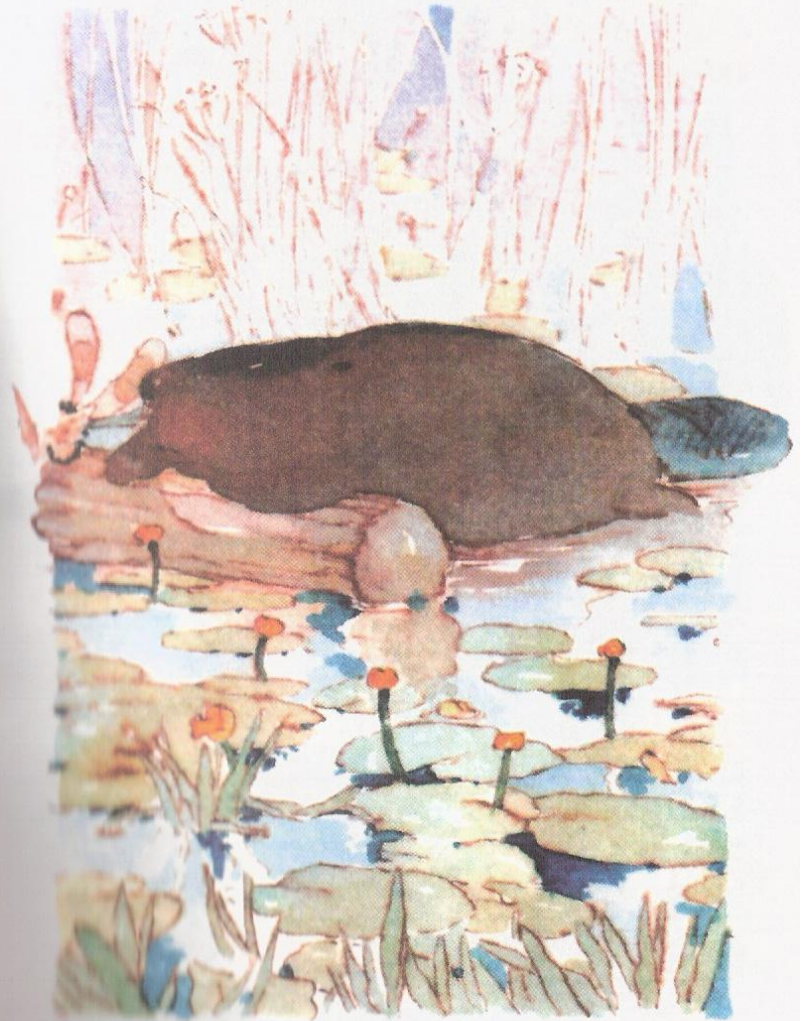
Ilustraciones de Pablo Echevarría





Había una vez  
un castor llamado Pocosmimos.

Era muy chiquitito,  
pero tenía una soledad  
muy grande.





Un día,  
Pocosmimos se sentó  
debajo de una nube.  
La más negra que encontró.  
Arrancó una zarzamora.  
Y la arrojó  
hacia ninguna parte.  
Luego, cogió otra.  
Y la lanzó  
más lejos todavía.  
Así,  
hasta dejar el arbusto pelado.

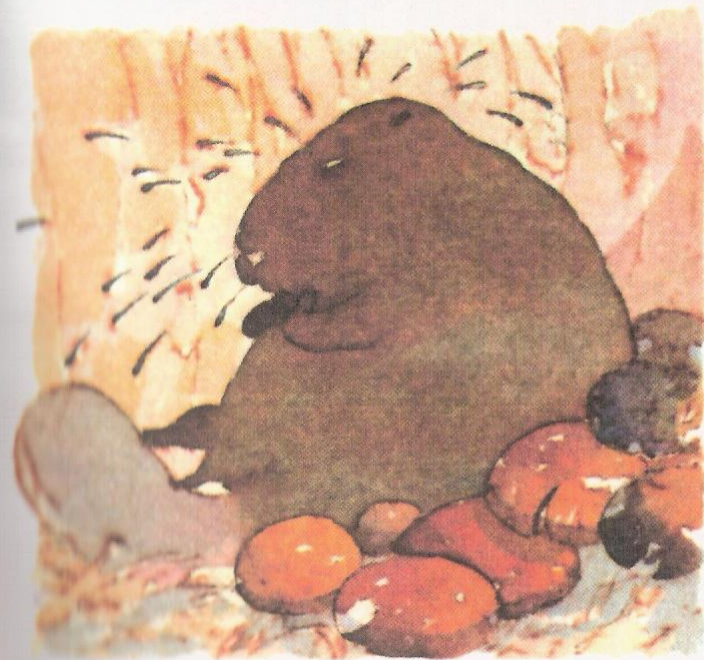


Después, apoyó la cabeza  
en su almohada de setas.  
Y se puso a llorar.



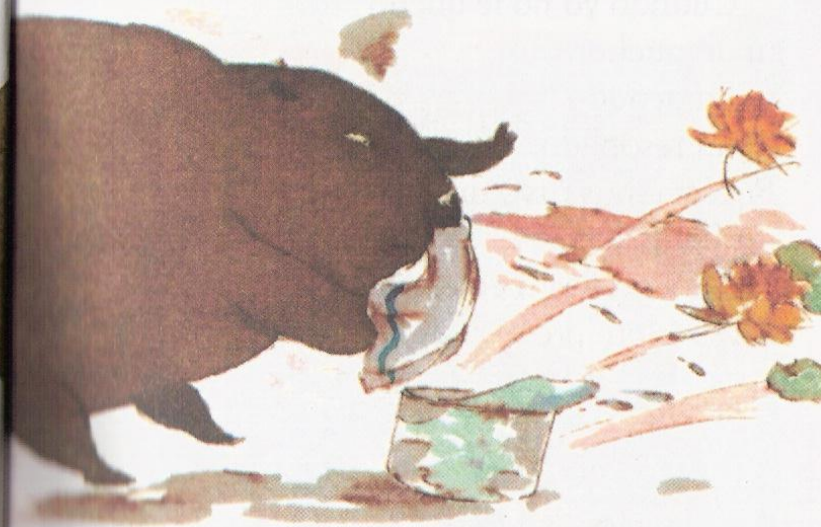
Lloró y lloró  
hasta que las palabras  
se le mojaron.

—¡Buadie eee gaar oonmioooooo!  
—se lamentaba.



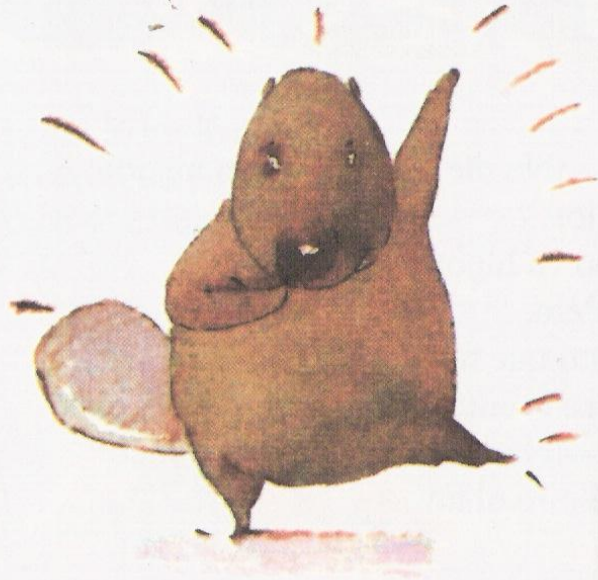


Cuando las lágrimas  
se secaron un poco,  
la cosa se aclaró.



—¡Na die eee gaaar con mi go!  
—dijo,  
hipo va hipo viene.  
Pero,  
hasta que no se sonó la nariz,  
no se le entendió ni torta.  
—¡Nadie quiere jugar conmigo!  
—suspiró al fin.

Cuando ya no le quedó  
ni un puchero,  
ni un gemido,  
ni un resoplido,  
Pocosmimos tuvo una idea.  
¡Una fiesta!  
Haría una fiesta en el río.  
En su islote preferido.





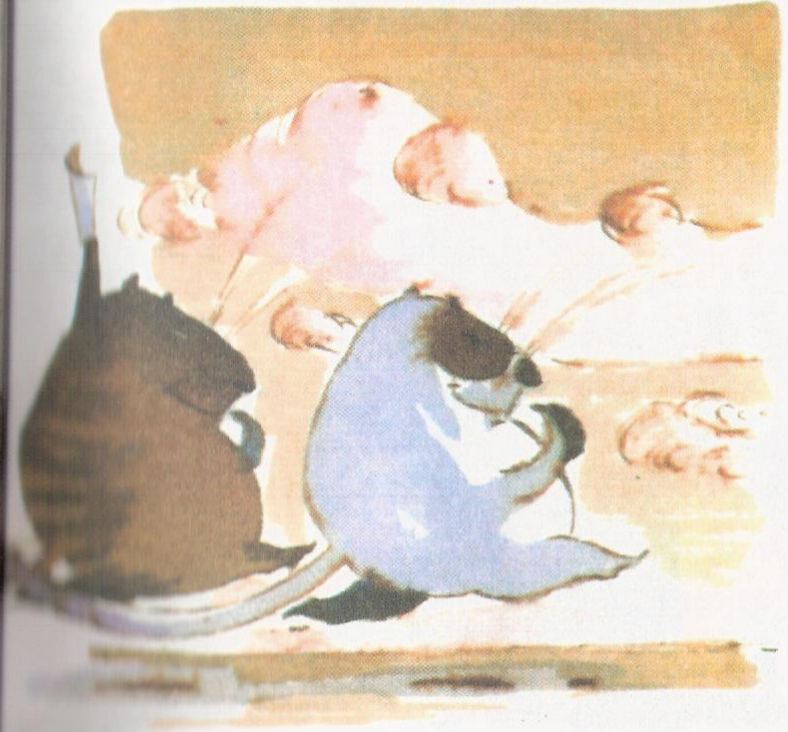
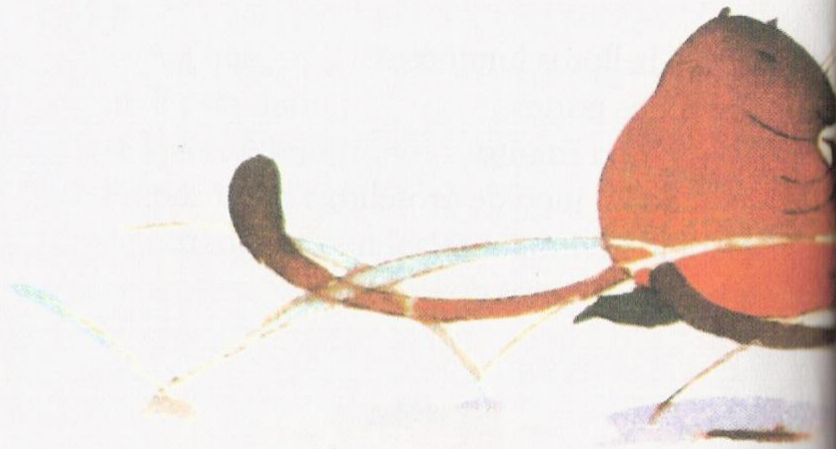
Así que,  
al día siguiente,  
se levantó temprano.  
Preparó una tarta  
de arándanos con leche.

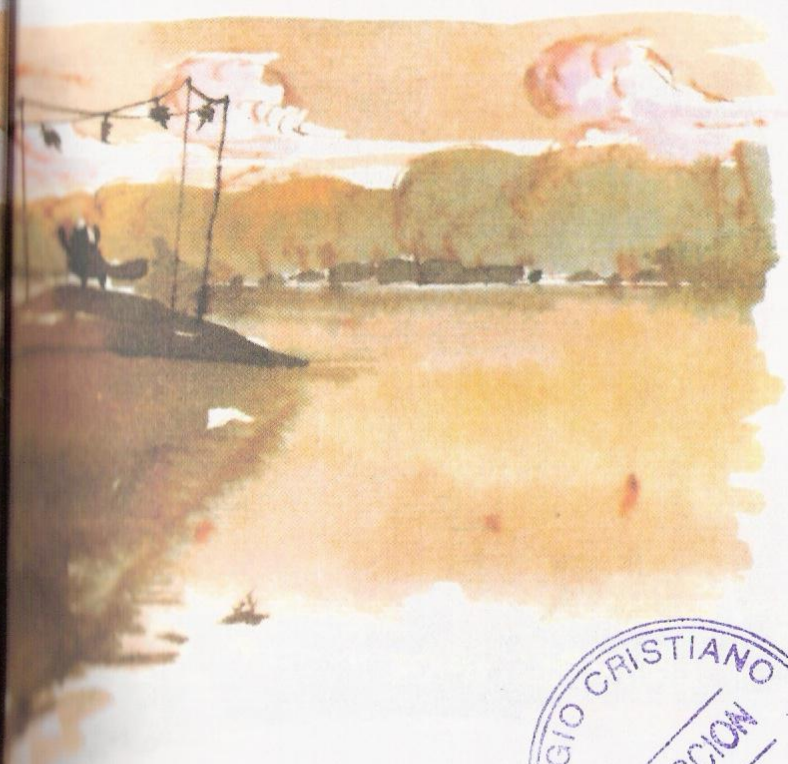


Colgó bellotas luminosas  
por todas partes.  
Y, con una ramita  
mojada en jugo de grosella,  
escribió invitaciones  
a todos los gatos de la región.



Los gatos recibieron la noticia  
encantados.  
Se relamieron los bigotes  
pensando en tantos manjares.  
Y se fueron gateando  
a la fiesta de Pocosmimos.





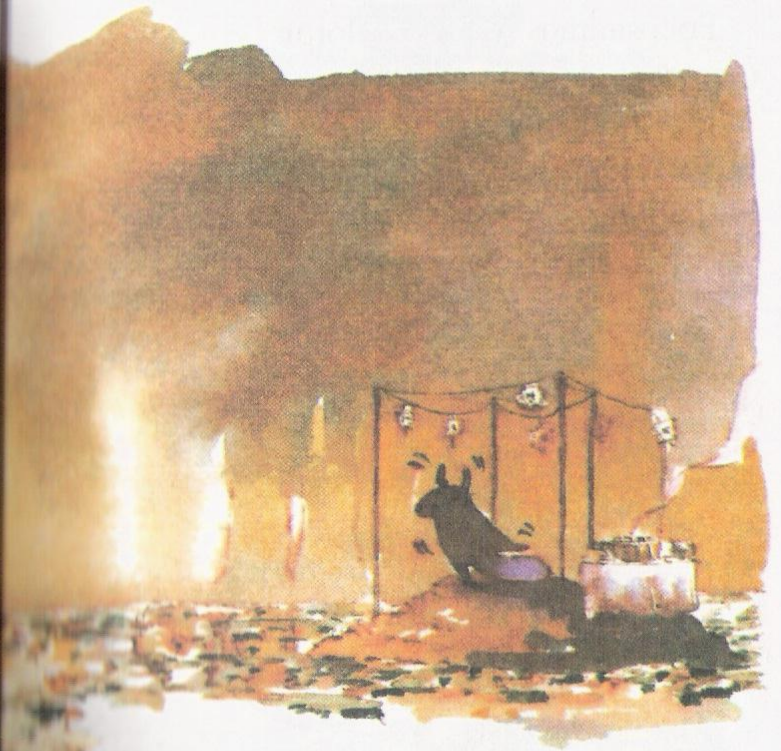
Pero cuando llegaron  
a la orilla del río,  
se detuvieron horrorizados.  
El islote estaba  
en medio del agua.





Agua por aquí,  
agua por allá.

No había puentes,  
ni barcas,  
ni siquiera un tejado  
por donde cruzar.



Pocosmimos agitó los brazos  
en señal de bienvenida.  
Pero los gatos le maullaron:  
—¡De nadar, ni hablar!  
Y se volvieron a casa.

Pocosmimos se puso a llorar  
otra vez.

Lloró y lloró  
hasta que la tarta,  
las bellotas  
y las palabras se le mojaron.



—¡Buaadie eee gaaar oonmioooooo!  
—se quejó amargamente.  
—¡Na die eee gaaar con mi go!  
—dijo al rato.



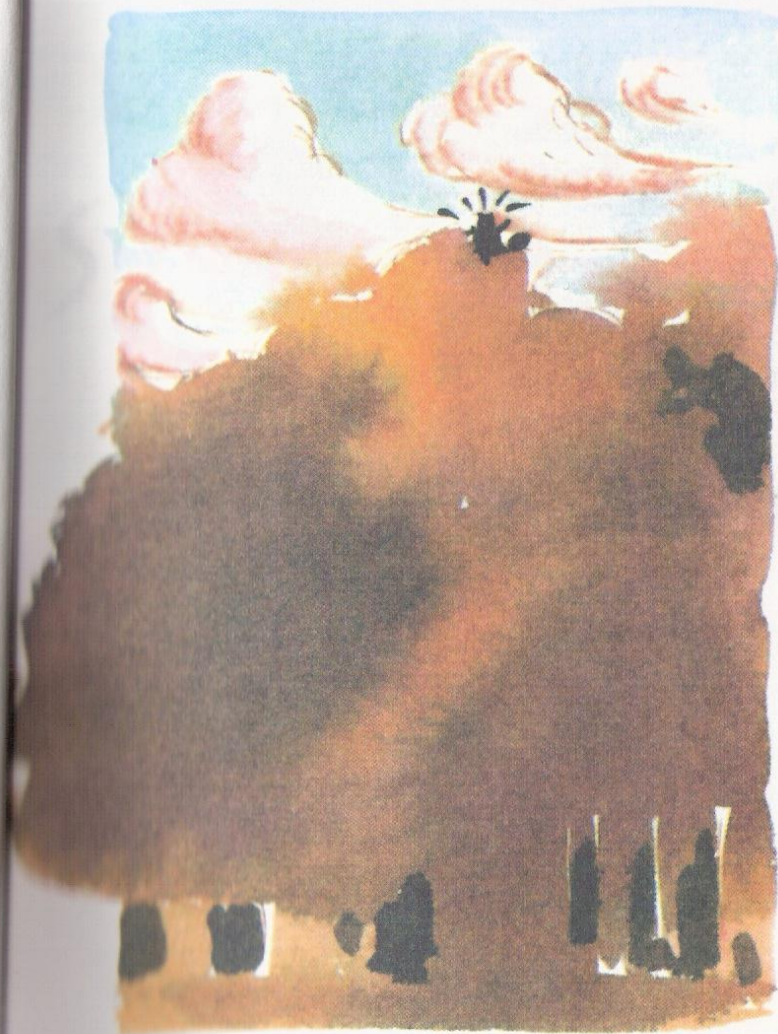
—¡Nadie quiere jugar conmigo!  
—exclamó por fin.

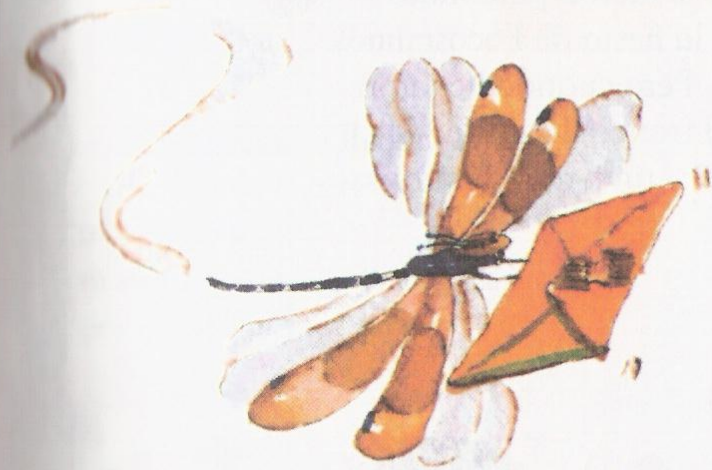
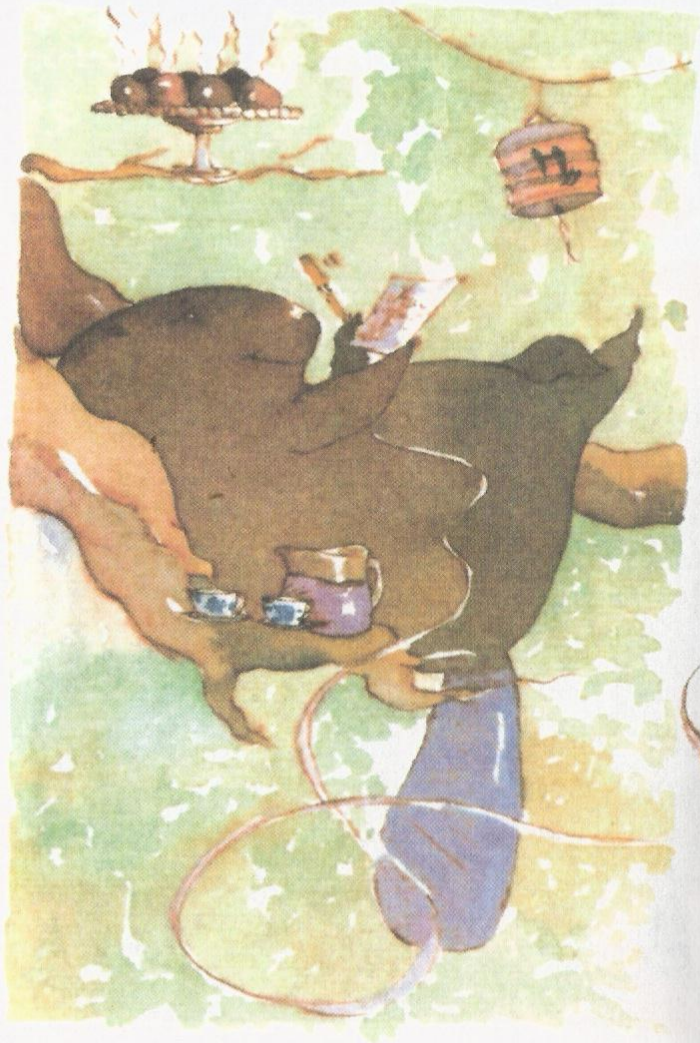


Cuando se secó toda su pena,  
tuvo una nueva idea.

¡Otra fiesta!  
Esta vez haría la fiesta  
en su árbol favorito.

Así que,  
por la mañana,  
subió a la copa del roble.  
Puso música de baile  
y organizó juegos de animales.





Luego, envió tarjetas  
a todos los patos del pueblo.

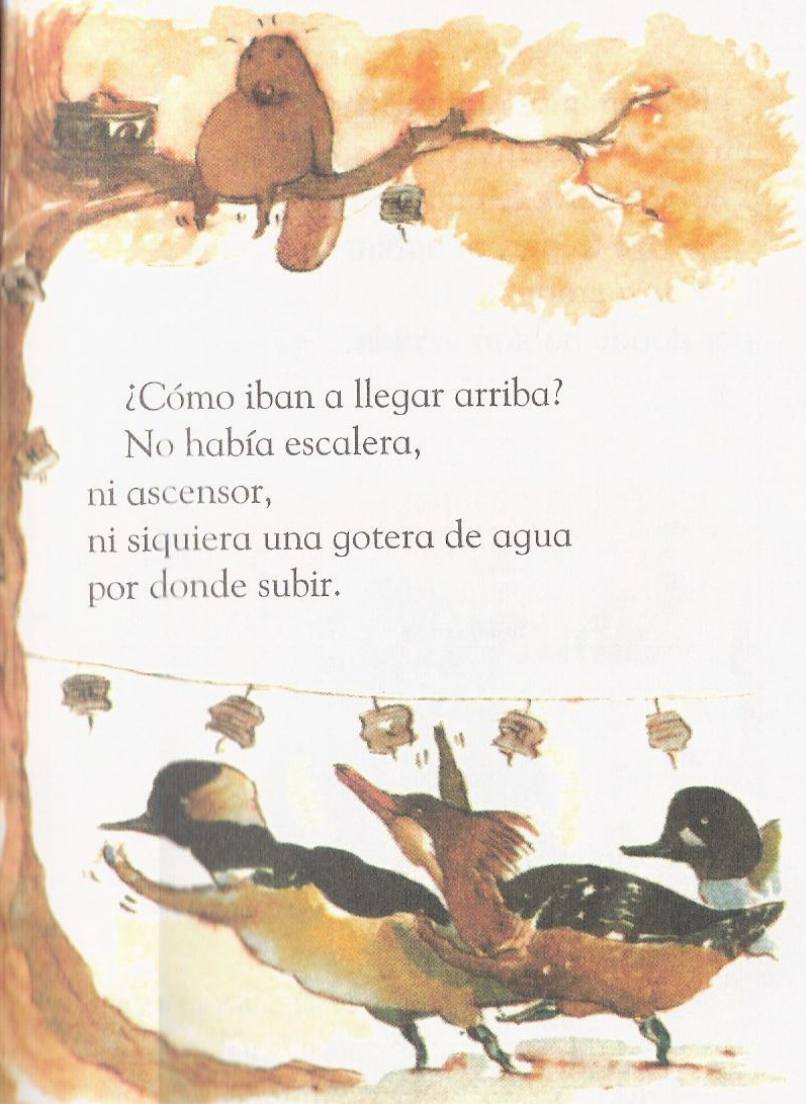
Los patos eran unos aburridos.  
Así que la invitación  
les entusiasmó.

Y se fueron pateando  
a la fiesta de Pocosmimos.

Pero cuando llegaron  
al tronco del roble,  
se detuvieron espantados.



¿Cómo iban a llegar arriba?  
No había escalera,  
ni ascensor,  
ni siquiera una gotera de agua  
por donde subir.



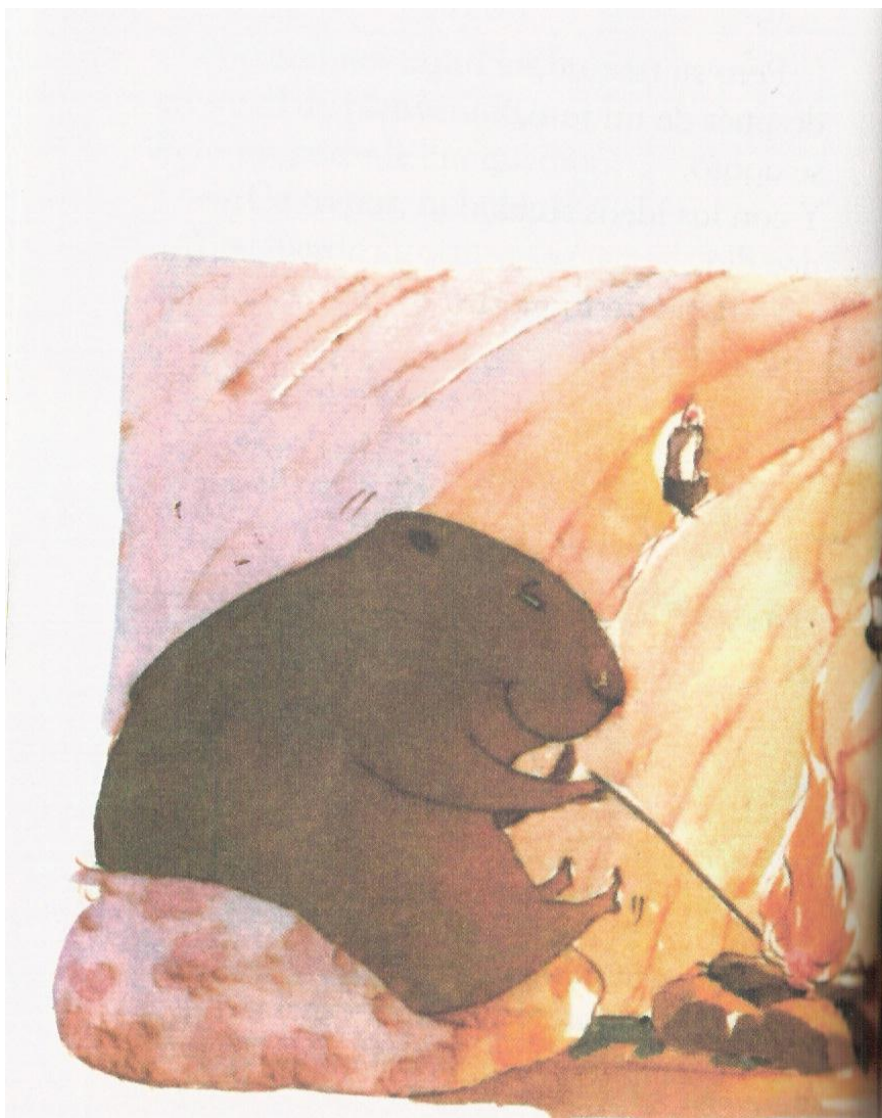
Pocosmimos agitó los brazos  
en señal de bienvenida.  
Pero los patos le cuaquearon:  
—¡De trepar, ni hablar!  
Y se fueron  
por donde habían venido.



Pocosmimos tenía el corazón  
empapado de tanto llorar.  
Y empezó otra vez:  
—¡Buaadie eee gaaar oonmioooooo!  
—¡Na die eee gaaar con mi go!  
—¡Nadie quiere jugar conmigo!

Pero su tristeza,  
después de un rato,  
se agotó.  
Y con las ideas secas,  
decidió:  
—¡Una fiesta más!





Esta vez  
sería en su cueva predilecta.  
La más pequeña.

Así que, esa tarde,  
la adornó con velas olorosas  
y encendió un fuego  
en el rincón.

Después, mandó invitaciones  
a todos los osos del bosque.



Ay, los osos...  
¡Cómo se alegraron!  
Dejaron  
todo lo que tenían que hacer.  
Que no era mucho.  
Y salieron osados  
a la fiesta de Pocosmimos.  
Pero cuando quisieron entrar  
en la cueva,  
se quedaron atascados.





Eran demasiado gordos.  
Y no había  
ni una puerta grande,  
ni una ventana enorme,  
ni siquiera una grúa  
para empujarlos hacia dentro.

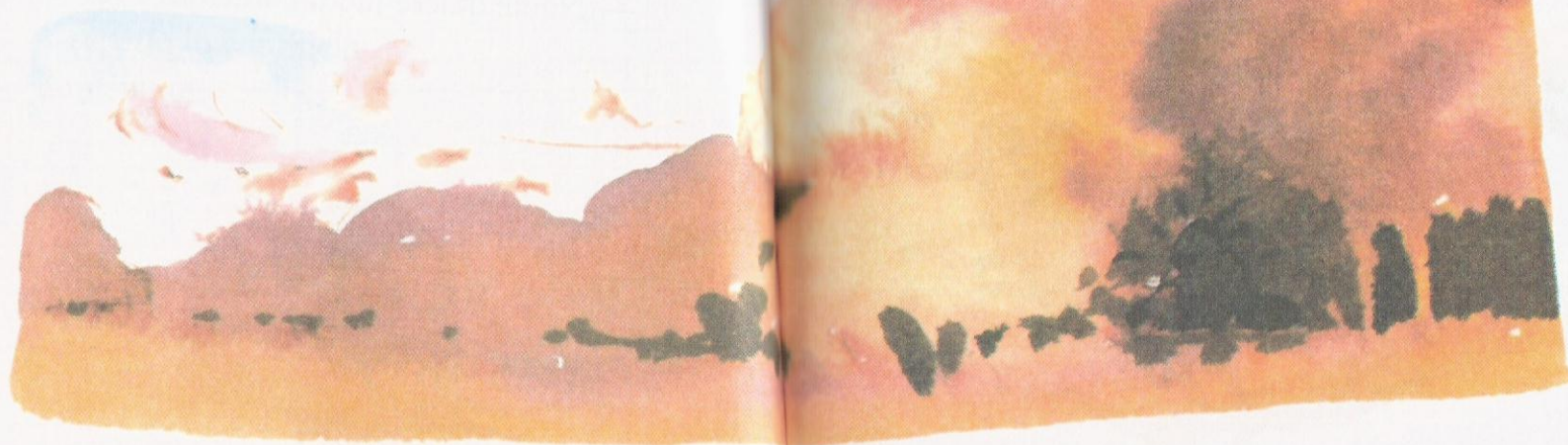


Pocosmimos agitó los brazos  
en señal de bienvenida.  
Pero los osos le gruñeron:  
—¡De adelgazar, ni hablar!  
Y se dieron media vuelta.

Cuando se cansó,  
se le ocurrió una nueva idea.

¡Una fiesta diferente!  
Haría una fiesta escondida.

Así que buscó enseguida  
un lugar espeso y oscuro  
entre la maleza.



Allí cavó un agujero  
y se ocultó.

Por último,  
lanzó cartas  
a todos los pájaros del cielo.

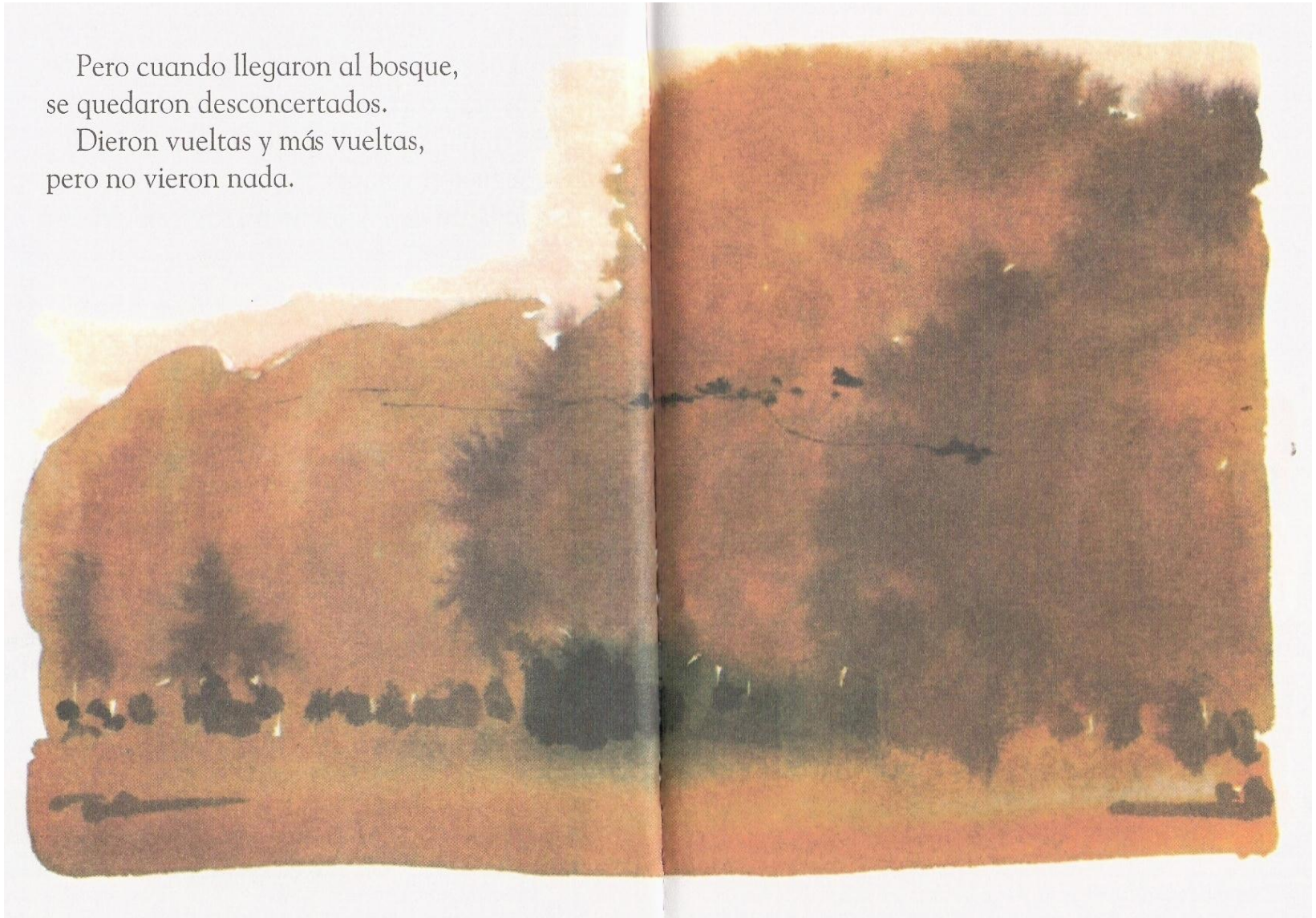


Los pájaros aceptaron  
con gran revoloteo.  
Se emplumaron un poco el pico  
y se fueron volando  
a la fiesta de Pocosmimos.



Pero cuando llegaron al bosque,  
se quedaron desconcertados.

Dieron vueltas y más vueltas,  
pero no vieron nada.



Ni un cartel,  
ni una pista,  
ni siquiera un mapa  
que les indicase el camino.



Pocosmimos agitó los brazos  
en señal de bienvenida.  
Pero los pájaros  
no encontraron su escondite.  
Entonces, le piaron:  
—¡De adivinar, ni hablar!  
Y cruzaron el cielo con  
veloces aleteos.





Pocosmimos estaba desolado.  
Ya no tenía ideas festivas  
y tampoco lágrimas penosas.  
Ni siquiera tenía ganas  
de repetir su queja de siempre.



Empezó a andar despacio.  
Llevaba la cabeza colgando  
y los ojos desteñidos.

Ahora pisaba una hoja.  
Después pisaba una flor.

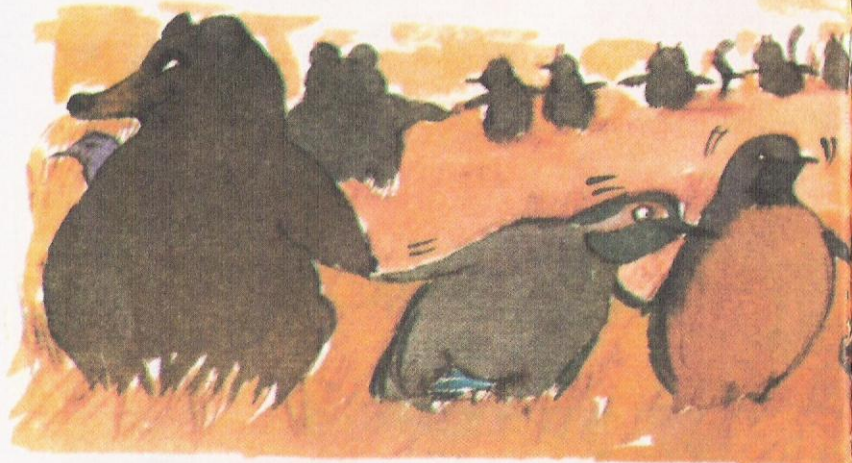
Ahora daba una patada a una pina.  
Después, no daba ninguna patada.



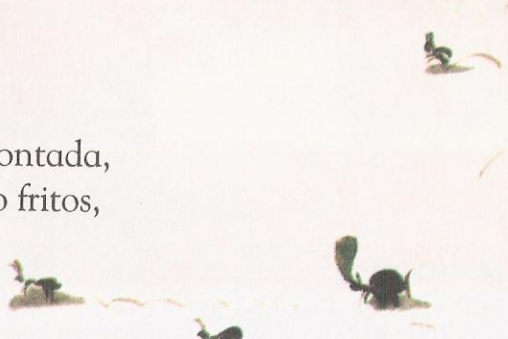
Y así,  
arrastrando su corazón,  
llegó a un prado muy bonito,  
lleno de sol.



Allí estaban los gatos golosos,  
los patos aburridos,  
los osos perezosos,  
los pájaros coquetos....,



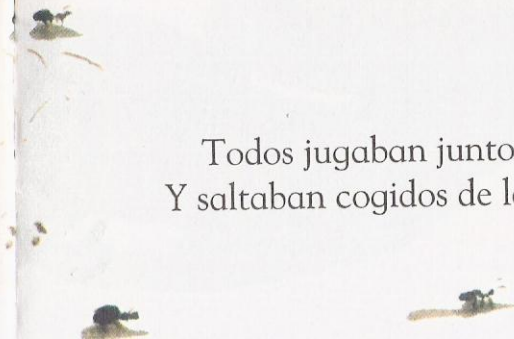
y también había  
una marmota atontada,  
dos lirones medio fritos,



tres ardillas traviesas  
y un montón de hormigas alocadas.



Todos jugaban juntos.  
Y saltaban cogidos de la mano.



Cuando vieron a Pocosmimos,  
agitaron sus brazos  
en señal de bienvenida.

Entonces,  
Pocosmimos levantó la tristeza.  
Y explotó  
en carcajadas de felicidad.

—¡Tooooos eeren gaar onmiiiiio!  
—rió,  
y no se le entendió nada.

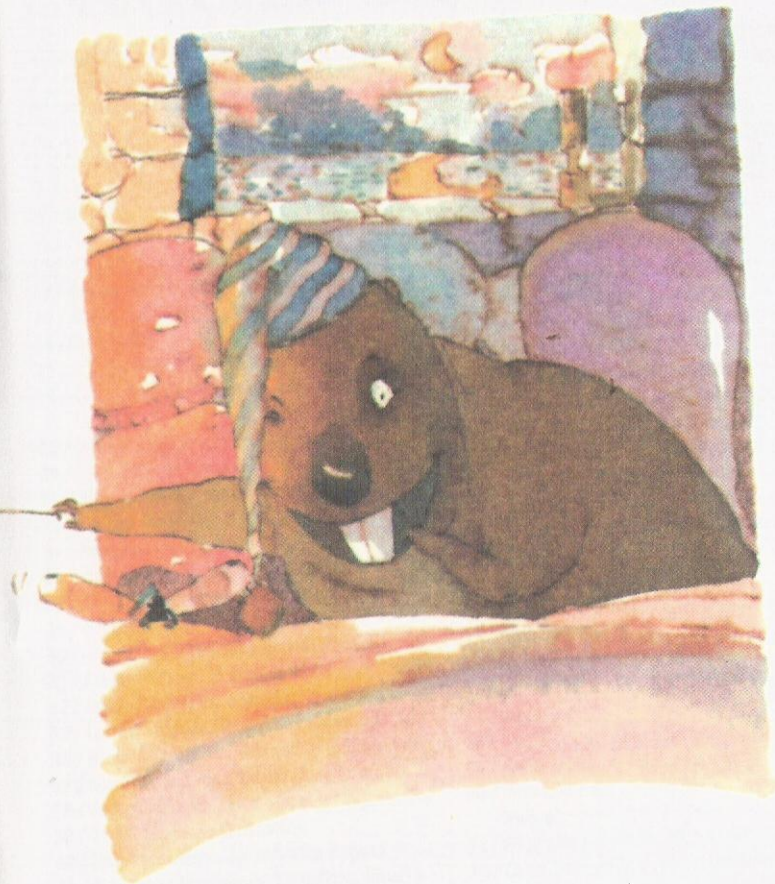
—¡To dos eeren gaar con mi go!  
—volvió a reír  
y a hablar al mismo tiempo.



Y, por fin,  
exclamó  
con una voz recién planchada:  
—¡¡¡Todos quieren jugar conmigo!!!



Así que,  
esa misma noche,  
Pocosmimos decidió  
cambiar su nombre  
y llamarse Muchosmimos.



Ni más ni menos.

# JUGUEMOS



¿Quién es Pocosmimos? ¿Qué significa su nombre?

¿Por qué se siente tan solo?



**Cuando Pocosmimos llegó al prado se encontró con todos los animales, ¿Cómo eran? Unimos con flechas de colores.**

Los patos	golosos
Los gatos	atontados
Los osos	medios fritos
Los pájaros	perezosos
Las marmotas	traviesas
Los lirones	coquetos
Las hormigas	alocadas
Las ardillas	aburridos

Pocosmimos intenta realizar cuatro fiestas, pero no le va bien con ninguna. ¿Por qué? Para responder a esta pregunta completen el siguiente cuadro:

FIESTA	LUGAR	INVITADOS	PROBLEMA	RESULTADO
PRIMERA	ISLOTE	GATOS	EL ISLOTE ESTABA EN MEDIO DEL AGUA.	LOS GATOS...DE NADAR, NI HABLAR.
SEGUNDA	COPA DE UN ÁRBOL	PATOS	LOS PATOS NO PODÍAN SUBIR AL ÁRBOL.	SE FUERON POR DONDE HABÍAN VENIDO.
TERCERA	CUEVA	LOS OSOS	LA ENTRADA ERA MUY PEQUEÑA.	NO PUDIERON ENTRAR.
CUARTA FIESTA	LUGAR ESPESO Y OSCURO.	PÁJAROS	NO HABÍAN INDICACIONES.	SE FUERON.

¡EXCELENTE TRABAJO!





HASTA  
LA  
PRÓXIMA